



idiomas fuera de Italia? César dice que los belgas, los celtas y los aquitanos, no solamente se diferenciaban entre sí por las instituciones, sino por el idioma, y San Jerónimo llama trilinguos á los marselleses. Claudio notó haber nombrado gobernador de Grecia á uno que no sabía latin, y S. Agustín se gloria de haber aprendido esta lengua sin azotes, entre las sonrisas y las caricias de sus nodrizas. Estrabon cree necesario advertir, que la mayor parte de la Galia Meridional adoptaba la lengua latina; Septimio Severo permitió la admision de los fideicomisos, no sólo escritos en latin y griego, sino en *lengua púnica y galicana*. Ciceron consideraba el lenguaje de un mal hablador tan ridículo como el de un cartagines ó un español, y en sus epístolas hay algunas de un tal Balbo, español, el cual usa un latin muy diferente del de su amigo. Sidonio Apolinar se congratulaba de que la nobleza de su país *sermonis cellicis quamam depositura, nunc oratorio stylo, nunc etiam camænalibus modis imbuebatur*; al emperador Alejandro Severo se presentó una sacerdotisa druida, profetizando calamidades en idioma galicano, y Sulpicio Severo, que era galo, temió ofender los delicados oídos de los aquitanos hablándoles un lenguaje rústico.

Las legiones que residían en las provincias, y además las que reclutaban entre los extranjeros y se restablecían luego en Italia, debían llevar á ella gran mezcla de voces y de modismos ignorados de los escritores cultos. Ya en los tiempos de la mayor prosperidad del idioma latino, cuando éstos escribían *esse, hyems, minæ, percutere, os, pulcher, rubens, equus*, vulgarmente se decía *essere, vernus, minacia, batuere, bucca*, como lo vemos en Plauto, y *bellus, russus*, voces que se encuentran en Cátulo, y *caballus*, usada por Horacio. Servio nos informa que en vez de *simus*, se decía vulgarmente *letamen*, y Gelio que el *pumilio* se llamaba *nano* por el *vulgo imperito*, cuyas dos voces aún subsisten en Italia. En Pretonio se presentan esclavos hablando groseramente, y con frases que se aproximan á las nuestras modernas: «No he podido encontrar un bocado de pan—¡aquello era vivir! me

he comido los vestidos.» No sería difícil encontrar, aún en la época mejor, ciertos modismos que ahora nos parecen idiotismos italianos, y si quisiéramos detenernos en minuciosidades de palabras, podríamos demostrar que las que usamos provienen todas absolutamente del latin.

En efecto, los cambios que éste ha sufrido son más bien gramaticales que lexicológicos; tales son el indicar la relacion con preposiciones, más bien que con las diversas desinencias; el anteponer el artículo á los nombres, y formar con el auxiliar muchos tiempos del verbo activo, y todos los del pasivo. Sin embargo, tales usos, que se encuentran en otros idiomas del tronco indo-germánico, como el persa y alemán, no puede decirse que sean enteramente extraños al latin. Ciertamente es que en éste se recurría frecuentemente á las preposiciones, además de la cadencia, unas veces por razon de claridad, y otras por variedad. Augusto, el cual censura Suetonio que escribía siguiendo más bien la pronunciaci6n que una recta ortografía, y omitiendo letras y hasta sílabas, tenía el mayor cuidado en expresarse claramente; á cuyo fin añadía las preposiciones á los verbos, y repetía las conjunciones. No es raro encontrar este vicio en los clásicos, en los cuales se halla también usado el pronombre á la manera italiana, desde el cual no era difícil la transición al artículo determinante; y no faltan ejemplos en cuanto al indeterminado.

¿Qué más, si ya se encuentra conjugado el verbo á nuestra manera? No basta que en vez del futuro usen el futuro pasado, el cual sincopado equivale al futuro italiano, sino que conocieron también los auxiliares *avere, stare*, del último de los cuales llegó hasta nosotros *stato*, verbal de *essere*.

Debe añadirse á esto que en la pronunciaci6n suprimían frecuentemente la M, la C y la S finales, mudaban la U en O (*Servom voltis*), y pronunciaban O en lugar de E ó de AU (*vostris, olla* por *auilla*) y V en lugar de B (*vellum* por *bellum*); así de *culpa, mundus, fides, tres, aurum, scribere, sic, per hoc*, se formaron *colpa, mondo, fede, tre, oro, scrivere, sí, pero*. Quintiliano dice que Augusto pro-



nunciaba *caldæ* en vez de *calida*. Además, los muchos errores que se encuentran en las inscripciones, son otra prueba de que el modo de pronunciar se asemejaba más que la escritura al que usan los actuales italianos. Cuando vi escrito HAVE en el umbral de la resucitada casa del Fauno en Pompeya, lo creí un error del ignorante campesino; pero habiendo encontrado la misma ortografía en una piedra de la interesante catedral de Salerno, fui de opinion que consistía en una manera de pronunciar propia de aquella parte de la costa. Estos errores se hallan en mayor número en los epígrafes de los primeros tiempos cristianos, que nos han sido conservados por Bianchini, Donato, Gruter, Muraton y Boldetti; errores que aproximan las palabras á los italianos de hoy, y en donde se encuentra hasta la I efelcística, que parece una singularidad del italiano. El ser estas inscripciones en su mayor parte obra de cristianos, esto es, de gente inculta y afectuosa, corrobora más y más mi idea de que la lengua italiana actual es la misma que hablaba el vulgo en la antigua Roma. Ahora bien, las palabras de Quintiliano, cuando dice que *lo que mal se escribe, por necesidad debe pronunciarse mal*, pueden ser igualmente ciertas, diciendo que se escribe mal lo que mal se pronuncia.

Si esto pasaba en los alrededores de Roma, ¿qué debía suceder en las provincias distantes del sitio en que mejor se hablaba y pronunciaba? ¿qué en aquellas donde existían aún los antiguos dialectos? Refiere Erasmo que habiendo ido embajadores de todas las naciones de Europa á felicitar á Maximiliano de Austria, que acababa de ser nombrado emperador, recitaron una arenga en latin, pero pronunciándola cada cual segun el estilo de su país, tanto que se creyó que se habían expresado en su lengua nativa. Infiérase de aquí cuánto debió alterarse el idioma romano pasando por tantas y tan diferentes bocas, y cómo debió padecer la ortografía en una época en que, disminuyendo la instruccion, los escribientes atendían más al uso de la pronunciaci6n que al de las letras.

Después, fuese por efecto de la casualidad ó

de algun fundado motivo, cesaron de repente los escritores de origen latino, y las provincias, especialmente la España, introdujeron en la metrópoli elementos y ejemplos de corrupcion de estilo. El mismo Séneca, gran corruptor, se quejaba del olvido en que yacía el habla latina, además de las muchas voces que, como es natural, habían caído en desuso, y se burlaba de los que sólo buscaban palabras antiguas, al paso que otros no admitían sino las más comunes, contribuyendo unos y otros á adulterar el lenguaje por seguir el uso particular. Aulo Gelio se dolía de que en su tiempo las palabras latinas hubiesen trocado su sentido verdadero por otro semejante ó distinto, á causa del abuso ó de la ignorancia de aquellos que empleaban las voces sin conocer su valor.

En el *Asno de oro* un soldado pregunta á un jardinero: *Quorsum vacuum duceret asinum?* no comprendiendo éste, vuelve aquél á preguntarle: *Ubi ducis asinum istum?* Entónces el jardinero entiende y responde. ¿No indica esto que la voz *quorsum* había caído ya en desuso? Al contrario, era corriente la de *boricco* por caballo de alquiler, aunque no se usaba en los escritos.

Tenemos un documento singular de la corrupcion, ó mejor dicho, de la transformacion de la lengua latina, en las órdenes militares de que se servían los tribunos para dirigir el ejercicio: *Silentio mandata implete.—Non vos turbatis.—Ordinem servate.—Bandum sequite.—Nemo dimittat bandum.—Et inimicosse que.* La voz *bandum* por *vesillum*, y los imperativos insólitos *sequite* y *turbatis*, son precursores de ciertos giros violentos que en todos los idiomas están en uso para el mando de la milicia.

Cuando la gente más acomodada se trasladó con la corte á Constantinopla, y enmudecieron la tribuna y el senado, debió alterarse más y más una lengua no castigada ya por el uso aristocrático ni por los escritores. Las formas que entónces prevalecían, nada tenían de bárbaras, ántes al contrario, se acercaban á la originalidad latina, de que se habían separado los autores más insignes; siendo natural que el vulgo, en vez de la delicadeza de las declina-



ciones y conjugaciones, emplease la generalidad de las preposiciones y de los verbos auxiliares, especificanse mejor los objetos por medio del artículo y acórtanse las desidencias. Creo, en suma, que convirtieron la lengua urbana latina en otra más sencilla, poco ó nada distinta del italiano actual; de donde se sigue que la manera de hablar en la llamada edad de hierro, fué sólo una nueva faz que tomó la lengua, en la cual adoptó el idioma escrito mayor número de voces y de giros que el idioma hablado.

Los escritores eclesiásticos que sucedieron á los profanos, cooperaron á esta revolucion; pues no dirigian sus discursos á la clase más escogida de la sociedad para corromper mujeres y captarse la voluntad de los literatos, sino que tenían que descender al nivel del vulgo para llevarle palabras de vida y de esperanza. Por lo mismo los santos no se valieron de la lengua culta, sino de la más comun, y que se aproximaba á la que derivaba de los siervos (*vernæ*), el nombre de vernácula. Así el cristianismo reformó, como todo lo demas, el idioma. Se ve á los Santos Padres desdeñar la elegancia y hasta la correccion: San Agustín dice que Dios entiende tambien al idiota que dice *inter hominibus*, en lugar de *inter homines*; San Jerónimo declara que su intencion es abusar del habla del vulgo para mayor comodidad de sus lectores. Quien tenga, pues, fija la mente tan sólo en la pureza de estilo de la época de Augusto, debe desechar muchas locuciones que se encuentran en los Padres, y anatematizarlas con el nombre de barbarismos.

Y sin embargo, la literatura cristiana podia, por medio de un nuevo ingerto entre oriental y popular, rejuvenecer el antiguo tronco de la latina. Los escritores clásicos habian introducido aquel período contorneado con arte, que no se encuentra en los que escribian con más naturalidad, como el inimitable César. Al traducir la Biblia se desterraron las formas convencionales, prefiriendo el lenguaje comun, lo cual hace que el estilo sea sencillo y la exposicion ingenua. Los preceptores, que deciden siempre, no con sujecion á lo que es, sino conforme á tipos creados á su antojo, cuando ven

vozes y frases que no están en uso en los escritores de la edad de oro, claman contra la corrupcion y la barbarie, en vez de reflexionar que la antiquísima version llamada itálica se ejecutó en la época en que más floreciente se hallaba la lengua latina; y el que lea los salmos de aquélla, como se cantan aún en el rito ambrosiano, conocerá que el idioma del Lacio adquiere un vigor desusado, y para favorecer la sublimidad de los pensamientos recobra la noble elevacion que debió tener en los primeros tiempos sacerdotales; sentirá una armonía diferente de la que buscaban los prosistas al redondear el período y los poetas en la imitacion de los metros griegos; pero tan grande sin embargo, que los maestros de canto la prefieren hasta al italiano.

Esta restauracion de la lengua plebeya está vuelta hácia el Oriente, de donde era oriunda; hubieran podido rejuvenecer el idioma latino infundiéndole el inspirado vigor de las hermosas lenguas arameas y la sencilla construccion del griego; pero circunstancias demasiado violentas trastornaron aquella marcha de las cosas, y no era razonable esperar, cuando el imperio se desmoronaba, el renacimiento de la literatura. Sin embargo, se equivocan los que en la formacion de las lenguas derivadas del idioma romano, y llamadas por esta causa romance, atribuyen la parte principal á los bárbaros invasores. Si se les prestase oído, sería preciso creer que las naciones italianas se habian puesto en un dia de acuerdo para abandonar la lengua romana y adoptar la de los bárbaros. ¿Y con qué objeto? Los italianos no tenían nada que pedir á los conquistadores sino misericordia; éstos, por el contrario, necesitaban acudir á ellos para proveer á todas las necesidades de la vida; y de consiguiente, se veian obligados á modificar su idioma segun el de las naciones vencidas. Prueba la verdad de este aserto el no haber quedado en la lengua italiana sino muy pocos términos de origen teutónico, y esos, ó significan armas y nuevas clases de opresiones, ó el corto número de los que se aplican á las necesidades de la vida tiene sus sinónimos latinos que aún viven.

El italiano (y se puede decir poco más ó



ménos otro tanto de los demas romances) es, pues, la misma lengua que hablaban los antiguos latinos, con las modificaciones que introduce necesariamente en todo idioma el trascurso de veinte siglos. Otras pruebas encontrará de esto el que vea cómo usan los italianos diariamente términos que el escritor latino clásico temia aventurar, reputándolos ó anticuados ó corrompidos, pero que debian correr entre el pueblo, en el mero hecho de verlos resucitar cuando se altera ó enmudece el lenguaje literario. Y como los italianos modernos no descienden de un corto número de literatos, sino de la masa de la poblacion latina, por eso las palabras conservan hoy el significado que les atribuia la baja latinidad, con preferencia al que les daban los escritores de la edad de oro.

Existe un acta escrita en papiro, perteneciente al año treinta y ocho del reinado de Justiniano, y hecha en Rávena, que ofrece ya gran número de modismos italianos, como *Domo quæ est ad sancta Agata: intra civitate Ravena; valentes solido uno; tina clusa, buticella, orciolo scotella, bracele, baudilos*. Amiano Marcelino dice que los romanos de su tiempo descansaban *in carrucis solito altioribus*, y hoy dia la plebe en Lombardia usa *carrocia* por carroza. La *Storia miscella* refiere que en 583, bajo el reinado del emperador Mauricio, mientras el general Comentiolo hacia la guerra á los hunos, un mulo arrojó al suelo la carga, y que los soldados gritaron al muletero en su idioma

nativo: *Torna, torna, fratre*, lo cual tomaron los otros por una orden de retroceder y huyeron. Aimon no cuenta que, habiendo hecho prisionero Justiniano al rey de ciertos bárbaros, le mandó sentarse á su lado, y le intimó que restituyese las provincias conquistadas, y que á su respuesta *Non dabo*, replicó el emperador *Dards*, forma italiana del verbo *dar*, en el futuro.

De este modo iba adquiriendo la lengua latina el carácter de los idiomas modernos; pero no cesaba de hablarse en España, en la Helvecia romana y en la Galia Meridional. En latin, como hemos dicho, están escritos los códigos bárbaros, que por eso añaden con frecuencia á las palabras latinas el sinónimo vulgar. Con mayor razon debian hacer esto, y permitirse locuciones populares los toscos escritores que redactaban cartas y crónicas, y el historiador más importante de aquella época, obispo y cortesano, declara que ha empleado el femenino por el masculino, que ha alterado el régimen de las preposiciones, y cometido otros solecismos semejantes: tan poca vergüenza causaba el no saber la lengua más que para el uso. Cuando hayamos llegado al tiempo en que los nuevos idiomas se formaron y adquirieron estabilidad, buscaremos en aquellos escritores el origen del italiano, ó para expresarnos con más exactitud, la progresiva trasformacion del habla antigua en la moderna.